

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTO TOMAS APÓSTOL,

(DE TRONCOSO.)

Quia vidisti me, Thoma, credidisti : beati qui non viderunt et crediderunt.

Tú has creído, oh Tomas, porque me has visto : bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído.

S. Juan, c. 20. v. 29.

Quando yo vengo á hacer el elogio de un apóstol, es decir, de uno de aquellos doce hombres portentosos escogidos por el Salvador del mundo para que fuesen como las doce puertas del templo de la verdad, segun la elegante alegoría de Ezequiel, por donde todo el universo debia entrar á la participacion de la gracia, tal vez juzgaréis inoportuno que funde mi discurso sobre una reconvencion que á primera vista no aparece demasiado favorable á su fe. Sin embargo debo confesaros que he escogido de propósito el pasaje del Evangelio en que Jesucristo acusa la incredulidad de santo Tomas, como el mas á propósito para hacer brillar con nuevos resplandores su relevante mérito. ¡Cuánto mas hermosa aparece la luz del sol en un dia nebuloso, que cuando en un horizonte limpio y despejado hace gala de sus deslumbrantes rayos ! Del mismo modo acontece á la fe. Bella sobre manera se ostenta en un alma que siempre creyó sin vacilar, aun cuando mil motivos de incertidumbre contribuían á hacerla desfallecer en sus creencias ; pero todavía se muestra mas admirable en aquel que, si bien por algunos momentos cedió á una impresion de duda y per-

plejidad, sabe salvar todos los obstáculos, rasgar los velos que le impedian la vista del alma, y levantarse hasta la mayor altura de los misterios que enseña esa virtud divina.

No hay duda, católicos, que si solo se considera la incredulidad de nuestro ínclito apóstol santo Tomas segun lo que aparece, no nos es posible excusarla ; pero mirada en sus efectos, ¿quién duda que estos no solamente fueron de suma utilidad para la fe y para la religion, sino que bastaron por sí solos para borrar para siempre aquella momentánea nota que hizo caer sobre su virtud ? El gran padre san Gregorio no teme asegurar que la incredulidad del santo apóstol fué tanto mas provechosa á la fe de los demas discípulos, cuanto que dudando él, hizo que los demas se confirmasen en ella, removiendo de sus entendimientos todo obstáculo que pudiesen oponer contra lo que acababan de confesar. Oíd sus palabras : *Plus nobis Thomæ infidelitas ad fidem credentium discipulorum profuit ; quia dum ille ad fidem palpando reducitur, nostra mens, omni dubitatione postposita, in fide solidatur* (1). Además, si como hombre débil se dejó arrastrar por un momento de un demasiado apego al testimonio de los sentidos ; si en esto fué realmente culpable, como lo juzgan muchos santos doctores, á pesar del contrario sentir de san Ambrosio, san Agustín y san Cirilo, que atribuyen sus palabras mas bien á un extremado deseo de ver á su maestro que á una duda formal y positiva, ¿no se le vió inmediatamente confesar la divinidad del Salvador, y defenderla despues á costa de mil trabajos y de su propia vida ?

Me he adelantado, señores, á hacer estas ligeras reflexiones ántes de entrar en el fondo de mi discurso, porque hay desgraciadamente entre nosotros ciertos espíritus superficiales y nada reflexivos, que parando solamente la consideracion en aquellos defectos en que como hijos del primer culpable pudieron incurrir los santos, no profundizan las consecuencias, ó mas bien parecen hacer completa abstraccion de sus virtudes para poder á mansalva hincar su venenoso diente en su vida, y hacerles aparecer ménos dignos del culto que les rinde el cristianismo. El cristianismo por el contrario, mas justo en sus fallos é imparcial en sus juicios, ni encubre los defectos, ni

(1) *Homil. 26 in Evangel. post med.*

abulta las virtudes; estas y aquellos los presenta bajo su verdadero punto de vista, y manifestándonos que sus héroes fueron capaces de pecar, para de este modo hacernos vivir en un santo temor y en una continua vigilancia sobre nosotros mismos, nos hace ver también que supieron resarcir sus pérdidas con mucho acrecentamiento, para que por este medio no desconfiemos de la misericordia del Señor, y sepamos que el mayor pecador puede llegar al apogeo de la santidad.

Fundado en estos principios, no dudaré proponeros al apóstol santo Tomas como un héroe de la religion, tanto mas digno de ser admirado, cuanto que si (permitiéndolo así el Señor) dudó por un momento de las verdades que le enseñara la fe, fué despues uno de los que con mas intrepidez las defendieron contra el furor de sus mas encarnizados enemigos. La incredulidad de santo Tomas, reparada con el mayor heroísmo, formará el asunto de mi discurso y de vuestra atencion.

Á vos, Jesus Salvador de los hombres, á vos pertenece ser hoy el panegirista de vuestro apóstol, pues que fuisteis el que con sola una palabra de vuestra divina boca le arrancasteis aquella confesion que tan provechosa ha sido para curar nuestra incredulidad. Hablad pues por mis labios, á fin que todo cuanto yo diga se refunda en gloria vuestra y mayor veneracion de nuestro santo. Aceptad la mediacion de vuestra Madre purísima que imploramos para el acierto, valiéndonos de aquellas sublimes palabras con que fué saludada en Nazaret por el ángel: *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

Hasta llegar al punto principal del objeto de mi discurso, hay en la historia de nuestro insigne apóstol santo Tomas un espacio que debemos recorrer para mejor apreciar los hechos que constituyen su heroísmo. No es posible prescindir de aquella fe viva con que, llamado por el Salvador al apostolado, abandonó como los demas su barca, sus redes, su casa y su familia por seguir la vida abyecta y mortificada de su maestro. Tampoco es justo pasar en silencio el fervor especial con que se dedicó á acompañarle y servirle en todas sus expediciones, siendo uno de los que dieron pruebas mas positivas de su amor, de su constancia y de su fidelidad, aun despues que la mano

impía de Heródes sacrificó al Bautista al encono de una mujer invecunda; acontecimiento que sembró el terror entre los fieles, pero que no consiguió disminuir el número de los discípulos de Jesus. Pero el hecho que prueba mas indudablemente el carácter firme y decidido de santo Tomas, su grande fe y la magnanimidad de su corazon, fué aquel en que intimidados los demas discípulos á vista de la persecucion sangrienta de que era víctima su buen maestro, él solo se manifestó pronto á arrostrar con él todos los peligros y á participar de sus padecimientos. Acababan los judíos de dar un testimonio de su odio contra el Salvador, amenazándole con piedras porque habia declarado ser el Mesias prometido; habian jurado su exterminio, y buscaban una ocasion favorable para haberle á las manos, por lo que el Salvador juzgó prudente el retirarse hácia la parte opuesta del Jordan, en donde permaneció por algun tiempo (1). Avisado poco despues de que su amigo Lázaro se hallaba enfermo, proyectó volver á la Judea, á lo que los discípulos, acobardados por lo que poco ántes aconteciera, y temiendo por la suerte de su maestro, le dicen: « ¿Cómo os atreveis á querer volver á Judea, cuando no ha mucho tiempo que los judíos quisieron apedrearos? (2). » En vano Jesucristo alienta á los tímidos discípulos. Estos no dejan de oponerse á su designio, manifestándole cuantas razones les sugiere su cobardía mezclada con el temor de ver comprometida la vida de aquel á quien tanto aman. Resuelto empero el Salvador á ir á resucitar á Lázaro, cuya muerte les declaró, levántase Tomas en medio de los demas discípulos, y lleno de un santo celo les dice como otro Matatías: « Vamos también nosotros, y si es necesario muramos con él (3). »

En vista de estos antecedentes, ¿quién hubiera llegado jamás á persuadirse que Tomas, tan pronto en seguir la voz de Jesucristo, tan fiel en acompañarle donde quiera que marchaba, tan fervoroso en ejecutar sus divinos preceptos, y tan animoso en insultar los peligros y la misma muerte por no apartarse de su lado, habia un día de vacilar en su fe, y resistirse á prestar asenso á lo que los profetas venian anunciando de largo tiempo y habia confirmado el mismo Salvador con sus oráculos? Pues así lo permitió la adorable Providencia para los

(1) *Joan. c. 10. v. 31, 39 et 40.* (2) *Ibid. c. 21, v. 28.* (3) *Ibid. v. 16.*

altísimos fines de su gloria. Ya el mediador eterno entre Dios y los hombres habia consumado el gran sacrificio expiatorio por los pecados de todo el universo. Muriendo en una cruz, habia satisfecho la divina justicia y dado cumplimiento á los preceptos del que le enviara al mundo. Dispersos los apóstoles y llenos de temor, lamentaban tan dura catástrofe, y no podian consolarse de la pérdida de su caro maestro. Entretanto los oráculos se habian cumplido, y el vencedor de la muerte y del infierno resucitó glorioso, saliendo del sepulcro y dejándose ver de su santísima Madre, de san Pedro, de la Magdalena y de algunos otros discípulos. Por donde quiera circulaba la fausta nueva de la resurreccion, causando diversas impresiones en las almas á quienes llegaba. Los unos creían desde luego el hecho, los otros suspendian su asentimiento. En esta disposicion se hallaban los discípulos en el cenáculo, cuando Jesucristo, penetrando en aquel sagrado recinto sin que se abriesen las puertas, les saluda, les muestra las manos y el costado, los llena de un gozo inefable, les infunde el Espíritu santo y les confiere la potestad de perdonar los pecados y de retener su absolucion en caso necesario (1). Nuestro apóstol santo Tomas no se hallaba en aquel momento con los demas discípulos; mas no bien hubo llegado, cuando arrebatados de un santo placer, corren á él y le dicen: « ¡Hemos visto al Señor! (2). » ¿Quién no hubiera creído que una noticia tan fausta y lisonjera, dada nada ménos que por todo el colegio apostólico, por unos hombres veraces y que ningun interes podian tener en sorprender su credulidad, hiciera en el alma de Tomas una impresion fuerte y removiese de él todo motivo de duda? Pero ¡oh Señor! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios! ¡cuán investigables los caminos por donde conduces á tus siervos á los fines que te propones! Querias preparar á los hombres un antídoto precioso contra la incredulidad; querias hacer mas palpable el dogma de la resurreccion; querias en fin que en ningun tiempo pudiese el mundo tener pretexto alguno ostensible para cohonestar su falta de fe, y te serviste de tu mismo apóstol para darnos las mas sublimes lecciones en este punto. Así es, Tomas duda de la resurreccion del Salvador, á pesar de la aseveracion formal de sus concolegas, que le dicen haberle visto y oído; protesta

(1) Joann. c. 20. v. 19 et seq. (2) Ibid. v. 25.

contra sus palabras; apela al testimonio de sus sentidos y dice: « Ínterin no vea yo en sus manos la hendidura de los clavos, y no introduzca mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no creeré (1). »

Oh Tomas! ¿es posible que así vaciles en tu fe? ¿Qué se ha hecho de aquella decision con que un dia desafiabas á la muerte por no faltar á la fidelidad jurada á tu divino maestro? ¿Has olvidado por ventura que las profecías todas están contestes acerca del grandioso acontecimiento de la resurreccion de Jesus? ¿No le oíste á él mismo confirmar esta verdad en términos expresos? ¡Y juzgas ahora irrealizable lo que ántes creías sumamente fácil á la omnipotencia de Dios! ¡No te satisface el testimonio de tus hermanos, sino que quieres tú mismo ver y palpar lo que debieras desde luego creer!

Ello es, católicos, que nuestro apóstol no solo dudó, sino que, bien fuese por un exceso de deseo de ver á quien con tanto ardor habia amado, como quieren algunos padres de la iglesia, ó bien por efecto de la natural desconfianza que engendra la noticia de un bien que con vivas ansias se apetece, segun juzgan otros, persistió en su primera idea de asegurarse por sí mismo de la realidad del hecho. Entónces fué cuando el Salvador, reproduciendo el primer milagro, volvió á entrar en el cenáculo á puertas cerradas, y dirigiéndose á Tomas le dijo: « Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; mete la tuya en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. (2) » Palabras sublimes! ¡Expresiones poderosas que bastaron para ahuyentar la desconfianza del discípulo incrédulo y hacer renacer en su alma toda su antigua fe! No bien Tomas ha escuchado la justa reconvenccion de su divino maestro, cuando arrepentido de su infidelidad, prorrumpe en esta sublime exclamacion, que es una confesion augusta de la divinidad: « ¡Oh Señor mio y Dios mio! » *Dominus meus, et Deus meus* (3). Que fué decir: « Yo os reconozco por el Unigénito del Padre, mi salvador, mi maestro, el mismo á quien me uní con la fe; á quien seguí movido de una sola insinuacion de vuestros divinos labios; á quien he permanecido constantemente fiel, á pesar de mis momentáneas dudas; á quien he amado y amo mas que á todas las cosas: *Dominus meus, et Deus meus!* »

(1) Joann. c. 20. v. 25. (2) Ibid. v. 27. (3) Ibid. v. 28.

¿Quién no ve, católicos, en esta confesion de nuestro santo apóstol una reparacion la mas cumplida de su incredulidad? ¿Qué mas hizo el príncipe de los apóstoles despues de haber negado en el pretorio de un pontífice á su buen maestro? Ah! Si el padre san Agustin asegura que su infidelidad quedó perfectamente resarcida con aquella repetida aseveracion de que le amaba, ¿no deberemos juzgar lo mismo de santo Tomas, y decir que el Salvador se dió por satisfecho de verse llamado por él « Dios y Señor suyo » tan luego como le hizo reconocer su yerro? Nada importa que el divino maestro le dijese despues: « Tú has creído, oh Tomas, porque me has visto; bienaventurados los que sin ver han creído (1); pues como oportunamente observa el padre san Gregorio (2), la fe del santo apóstol en nada dependió del testimonio de los sentidos, en cuanto una cosa fué lo que vió y otra la que creyó. La divinidad no podia ser vista con los ojos de la carne: hacíase preciso un principio sobrenatural para elevarse á la creencia de los altísimos misterios que confesó. Él ve un hombre, y cree en un Dios; contempla unas llagas, y confiesa un ser infinito, eterno, inmortal y soberano, dueño de todo cuanto existe. Esta es una fe viva, generosa y digna de todo elogio.

Engrandezcamos, católicos, la misericordia de Dios, que tan maravillosamente se manifiesta en este hecho. No, no creais, dice el citado padre san Gregorio, que fuese un efecto casual el que aquel discípulo escogido por Jesucristo para ser uno de sus mas íntimos confidentes, testigo de todos sus prodigios y compañero inseparable en sus expediciones, no se hallase presente cuando por primera vez tuvo la dignacion de aparecer á los apóstoles en el cenáculo, y que viniendo despues oyese á sus hermanos, y oyendo dudase, y dudando palpase, y palpando creyese. Fué sí un acontecimiento dirigido por la providencia de aquel Dios clemente que se proponia curar las llagas de la humana infidelidad, haciendo que el discípulo leyese en las llagas de su maestro los testimonios auténticos de la divinidad. ¿Qué efugio puede hallar ya la incredulidad de esos espíritus obstinados que se resisten á creer el dogma de la resurreccion gloriosa de Jesucristo, despues que este Salvador inefable vinculó al mundo una prueba tan decisiva en la

(1) *Joann. c. 20. v. 29.* (2) *Homil. 26 in Evangel. post med.*

persona de su santo apóstol? ¿Habrá quien á no estar dementado se atreva todavía á sujetar este grandioso acontecimiento al exámen de unos sentidos que se equivocan frecuentemente aun en las cosas mismas que caen bajo su dominio? ¿Hallaránse en el cristianismo hombres que como Tomas en los primeros momentos de su infidelidad digan: si no lo viere, si no lo palpase no lo creeré? ¿Será necesario que el Hombre Dios, renovando á cada momento los milagros de su misericordia, se haga visible á los incrédulos y les manifieste sus manos taladradas, sus piés traspasados y su costado abierto para convencerles de su error? Infelices si tal pretendiesen! Si permitió que Tomas dudase, fué para que ninguno en lo sucesivo pudiese dudar; si quiso que Tomas viese lo que ver no debía, fué para que ninguno despues de él osase desear satisfacer la curiosidad de un sentido que en manera alguna se amalgama con la fe; si dejó que Tomas palpase sus sacrosantas heridas, fué para que esto sirviese de ejemplo, al par que de una justa reconvencion á los que en los tiempos por venir opusiesen la menor dificultad á la verdad de este augusto misterio. Por eso añadió: ¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron! A nosotros se dirigen estas palabras, continúa el mencionado doctor (1); á nosotros, que sin haber contemplado en carne mortal al Salvador del mundo, permanecemos firmes en la creencia de su divinidad. ¡Bienaventurados pues los que no vieron y creyeron; los que dóciles á la doctrina de la iglesia, órgano infalible de las eternas verdades, renuncian á sus sentidos y se adhieren firmemente á lo que esta madre sábia les propone por objeto de su fe! ¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron! ¿Y cómo pudiéramos gloriarnos de nuestra fe, si solo asintiésemos á aquellas cosas que no ofrecen repugnancia alguna con los principios naturales? ¿De qué nos serviría sujetar nuestro entendimiento á aquellas verdades que se deducen fácilmente de la contemplacion de las obras del Criador, si en aquellas que en manera alguna podemos conocer por induccion, manifestásemos duda y perplejidad, una vez que ya por medio de la revelacion nos hayan sido enseñadas como ciertas é infalibles? Ah! léjos de nosotros, cristianos, toda especie de incredulidad. Sometámonos gustosos al yugo de la fe, que si bien nos pro-

(1) *S. Gregor. loc. cit.*

pone objetos superiores á nuestra razon, no son empero contrarios á ella. Nuestro obsequio es muy racional, dice elocuentemente san Pablo; solo aquellos que tienen un interes directo en engañarse y engañar á sus semejantes, se atreverán á decir lo contrario. No los escuchemos; fijemos nuestra consideracion en nuestro ínclito apóstol santo Tomas; aprendamos en él á conocer nuestra debilidad, y reconozcamos de lo que somos capaces si el Señor nos abandonase por un momento á nuestro propio juicio. Sirvannos sus dudas para afirmar nuestras creencias; aprovechémonos de su error para abjurar los nuestros; y que su fe, despues de su caída, sea un motivo poderoso para afianzar la nuestra sobre los indestructibles principios de la revelacion, con exclusion omnímada de todo testimonio exterior.

Oh! ¡cuán grande fué en efecto la fe de Tomas desde aquel momento, en que herido de las palabras del divino maestro, le confesó públicamente por su Dios y señor! ¡Con qué ardor se consagró á propagarla y á defenderla de los ataques del judaísmo y de la idolatría! Yo le veo salir del cenáculo en el gran dia de Pentecostés, ardiendo en celo por la gloria de Jesus, todo lleno del Espíritu santo, y predicar ante el pueblo de Jerusalem su divinidad, sin temer la venganza de unos jueces que poco tiempo hacia le habian condenado como á malhechor, sin acordarse por las amenazas de unos sacerdotes que acababan de delatarle como á perturbador y blasfemo, sin que le intimidase la presencia de unos verdugos por cuyas manos corria todavía la sangre del Justo. Yo le veo recorrer toda la Judea, introducirse en las ciudades, penetrar en las sinagogas, convocar al pueblo, al sabio, al ignorante, al pobre, al rico, á la mujer, al niño, y predicar á todos que aquel Jesus que como á reo de estado habian crucificado en Jerusalem, era el Mesías anunciado en los profetas, el Cristo, el Salvador, el Dios esperado por Israel para obrar la redencion de todo el mundo. Déjase inferir con qué uncion hablaria de su resurreccion gloriosa; con qué energía se opondria al error de los que de ella dudasen, habiendo sido testigo tan singular de aquel acontecimiento sorprendente. Ninguno mejor que santo Tomas podia decir á aquellas gentes obstinadas é infieles: Yo os anuncio un dogma que se resiste á vuestras carnales inteligencias, porque, enteramente materializados, habeis degenerado de la antigua fe de vuestros

padres; empero yo que por un momento dudé; yo á quien tambien era repugnante asentir á ello, si no me confirmaba por mis propios sentidos; yo he sido testigo ocular de este prodigio. Mis ojos han visto, mis manos han palpado á ese Hombre Dios, libre ya de las ataduras de la mortalidad, triunfante de la corrupcion del sepulcro y revestido de la gloria de su Padre.

Pero no era bastante para su celo el corto campo que le ofrecia la Palestina. Cuando un rio ha sido instantáneamente atajado por la presa, busca impaciente un sitio por donde respirar; sus olas braman, y chocando unas con otras, se disputan á porfía el momento de salvar la valla que las detiene; logran por fin romper el dique: entónces, corriendo con un ímpetu irresistible, todo lo arrastran en pos de sí. Del mismo modo nuestro celoso apóstol, limitado al estrecho círculo de la nacion judía, deseaba con ansia volar á otro terreno mas á propósito para satisfacer sus deseos de extender el imperio de la fe. Los encontrados choques que experimentaba su corazon le tenian en continuo padecimiento. Llegó por fin el dia en que los apóstoles se dividieron entre sí el universo para ir cada cual á derramar la semilla evangélica á aquella porcion que le cupiera en suerte. Entónces fué cuando Tomas, derramándose á manera de torrente por aquellas provincias sometidas á su celo apostólico, obró prodigios de heroísmo que manifestaron bien la fe colosal de que se habia llenado su alma despues de su momentánea infidelidad.

Seguid sus pasos y le vereis dirigirse hácia las regiones de oriente, en donde teniendo ocasion de hallarse con los tres reyes que en los dias del nacimiento del Mesías fueron á ofrecerle sus dones á la gruta de Belen, les refiere todo lo acaecido en Jerusalem respecto de aquel divino Salvador; les reengendra con las aguas saludables del bautismo y les asocia á su ministerio. Así lo afirma una tradicion que se remonta á los tiempos apostólicos (1). Seguidle, y le vereis recorrer la Etiopia y la Abisinia, evangelizar al partho, al medo y al persa; predicar en los pueblos de Carmania, de Hircania y de Bactriana; penetrar en la India, en la China y hasta en la isla de Zeylan, como lo aseguran los hombres mas eruditos y respetables, fundados en documentos nada sospechosos y en todos conceptos dignos de

(1) Croisset. Año cristiano, dia 21 de diciembre.

fe (1). ¡Que no pueda yo representaros á Tomas trabajando dia y noche en la conversion de aquellos pueblos sentados en las sombras de la muerte, á donde jamas habia penetrado el menor rayo de aquella luz que habia venido á iluminar á todo el orbe! ¡Qué sorpresa para unos hombres que ni aun casi tenían el instinto de la humanidad, ver un mortal que de largas regiones venia á ellos arrastrado únicamente del deseo de hacerles felices, anunciándoles un redentor que á costa de su propia vida les comprara la libertad, la paz y la verdadera bienandanza! ¡Qué impresion tan favorable hizo desde luego en sus corazones la afabilidad, la modestia, la caridad, la abnegacion, y mas que todo el heróico desinterés con que ansioso únicamente del bien de unos seres extranjeros y desconocidos, y despreciador magnánimo del oro y de las comodidades, renunciara á su patria, á su familia y aun á sí propio por enseñarles una religion que prometia goces eternos á los que la abrazaban!

Con tan faustos precedentes ¿quién podria dudar del éxito favorable de las tareas de nuestro santo apóstol? Un hombre en quien se veían todos los caractéres de la beneficencia, en quien brillaban los rasgos mas sublimes de la caridad, en quien todo contribuía á hacerle amable á primera vista, no podia ménos de ser escuchado con respeto y creído sin el menor recelo. Así que sus palabras, semejantes á la lluvia fecunda de un dia de primavera que por instantes hace brotar flores hermosas que convierten en vistosa alfombra el campo bien preparado, desde luego hicieron nacer en las almas de los idólatras que ya naturalmente le amaban, la fe en Jesucristo, y con esta las buenas obras, que son el fruto precioso de esta virtud. Aquí caían los templos consagrados por el fanatismo á unas deidades sanguiñarias que se alimentaban de humanas víctimas: allí se abolian los augurios que hasta entónces se habian mirado como infalibles, no siendo sino invenciones diabólicas para alucinar á los incautos. Ora se levantaban altares á Jesucristo: ora se sustituían con el signo de la redencion aquellas señales distintivas del culto sacrilego. Donde quiera la fe triunfaba del error: por todas partes los sacerdotes del Dios vivo reemplazaban á los sacerdotes de los dioses falsos; no habia un lugar que ántes fuese objeto de abominacion, que no fuese convertido por To-

(1) *El mismo en el lug. cit.*

mas en santuario augusto en donde se rindiesen adoraciones á la Divinidad.

No fué ménos abundante el fruto de sus apostólicas tareas en los reinos de Grancanor, de Coulan, de Narsinga y en toda la costa de Coromandel, en donde, segun una tradicion constante, planteó el estandarte de la fe convirtiendo á todos sus moradores á la religion del Crucificado, como lo hiciera ya ántes en los vastos países de Cahadar, de Cabut, de Cafurstan y otros muchos de que hacen mencion los historiadores de la vida del santo apóstol. Todos convienen en que trabajó con un ardor infatigable en la propagacion del Evangelio; en que su celo no conocia límites; en que parecia multiplicarse en proporcion que crecian las necesidades de los nuevos cristianos; en que por donde quiera que pasó estableció iglesias, creó obispos, ordenó presbíteros y dió á los hijos que engendrara en Jesucristo pastores celosos que los alimentasen con los saludables pastos de la ciencia de Dios y la doctrina de los santos. Si contemplais sus milagros, creereis ver en Tomas aquel antiguo profeta del Carmelo que con sus palabras abria y cerraba los cielos, mandaba á los elementos, arrebatava al sepulcro sus víctimas, quebrantaba la pujanza de los reyes, y ungiéndolos, los hacia servir á la gloria del Señor (1). Buen testigo de esta verdad fué aquel rey de Meliapor, que habiéndose opuesto por instigacion de los Bracmanes á que santo Tomas edificase un templo á Jesucristo, no solamente dió su consentimiento en virtud de un prodigio que obró el santo apóstol en su presencia, conduciendo solo á un sitio dado una enorme viga que muchos elefantes no habian podido mover, sino que él mismo con toda su familia y una gran parte de su corte abandonó el culto pagano y abrazó la religion verdadera (2).

¿Qué mas le restaba por hacer al fervoroso apóstol para indemnizar al Señor de una infidelidad momentánea? ¿Cómo hubiera podido hacer mas positiva aquella fe heróica que manifestó en el cenáculo de Jerusalem, cuando á presencia del Salvador exclamó confundido de sus pasadas dudas, oh Señor mio y Dios mio? Tomas habia recorrido una gran porcion del mundo anunciando que Jesucristo era el único Dios á quien los hombres debian adorar; habia sometido reinos, provincias, ciu-

(1) *Eccli. c. 48.* (2) *Croisset, loc. cit.*

dades enteras al suave yugo del Evangelio; habia levantado templos, consagrado altares, y establecido el sacrificio perpetuo del cuerpo y sangre del Cordero sin mancha donde ántes no se veían sino aras impuras dedicadas al demonio, sacrificios inhumanos y víctimas sangrientas ofrecidas á la mas bárbara supersticion. Nada pues le faltaba para afianzar su obra sino ofrecerse á sí propio en holocausto aceptable en defensa de la fe. Ah! la víctima está pronta; los momentos se acercan; el odio de los sacerdotes paganos espía la ocasion favorable de ejecutar el mas negro designio. Ya el inocente apóstol camina sin saberlo al lugar destinado por la Providencia para el sacrificio. Al pié de una cruz que él mismo habia enarbolado y ante la que diariamente iba á ofrecer sus plegarias al Señor, es donde sus enemigos consuman la obra de tinieblas; allí se abalanzan furiosos sobre él, le pisan, le maltratan, y por último le atraviesan con las lanzas. La sangre del justo empapa aquel suelo que ántes habia regado con sus sudores; su espíritu se desprende del cuerpo, y penetra en la mansion eterna en donde ciñe la diadema de la inmortalidad. ¡Justa recompensa del que con tanto heroísmo supiera reparar por medio de la fe mas activa y fervorosa, un corto momento de pasajera incredulidad!

¿Quién de nosotros, amados oyentes, no se animará á merecer igual galardón? ¿Habrá alguno que se atreva á alimentar en su corazon la menor duda acerca de la divinidad del Salvador y de su religion augusta? Y si desgraciadamente hubiéremos incurrido en el error, ¿desconfiarémos de la clemencia de un Dios que tan admirablemente supo dirigir los medios al fin que se propusiera, y hacer de un Tomas incrédulo y pertinaz, un apóstol celoso, intrépido y fiel hasta la muerte? No, hermanos míos, no nos lancemos en los brazos de una desconfianza de todo punto mas funesta que la incredulidad misma. Tal vez en momentos de vértigo y de ilusion hayamos juzgado vanas supersticiones ó ensueños sin fundamento las verdades de nuestra religion, que ó no se acomodaban á nuestros intereses, ó estaban en colision con nuestras pasiones... ¡lamentable error! Acaso escuchando las impías declamaciones de ciegos panegiristas de la mentira, hemos dado entrada en nuestros corazones á dudas ó perplejidades acerca de los misterios que nos enseña la fe, y como Tomas hemos dicho: « Si no lo viere, no lo creeré. » Pues ni aun por eso desconfiemos; volvámonos á nuestro

Salvador por medio de un sincero arrepentimiento de nuestra infidelidad; hagamos una explícita confesion de nuestro error; proclamemos altamente nuestra adhesion á las verdades reveladas, diciendo como nuestro santo apóstol: ¡oh Señor mio y Dios mio! Hagamos eficaz nuestra fe con las obras, consagrándonos á servir á Jesucristo, á reparar nuestras ofensas por medio de las virtudes, y á propagar por todos los medios posibles las glorias de la cruz, y no dudemos que nuestra suerte será la misma que la del santo apóstol; la suerte feliz de los amigos de Dios.

Sé tú nuestro intercesor, ¡oh glorioso Tomas! Tú que experimentaste en tí mismo los efectos de la humana flaqueza, sabrás mejor que otros compadecerte de nuestra debilidad. No, no te olvides que somos unos seres frágiles expuestos á cada paso á tropezar en el error y á quedar para siempre hechos sus miserables víctimas. Consíguenos pues aquella fe robusta, que despejando instantáneamente tus dudas, te hizo emprender tantas conquistas, arrostrar tantos sinsabores, abrazar tan penosos trabajos y sufrir tan dolorosa muerte. Nosotros confesamos hoy en presencia de tus altares lo mismo que tú confesaste delante de tu divino maestro. Detestamos nuestras pasadas infidelidades; protestamos solemnemente contra nuestros antiguos errores; anatematizamos los extravíos de nuestro entendimiento, y declaramos que Jesucristo es nuestro Dios y Señor. ¡Ojalá que como tú sepamos sostener nuestra fe hasta el fin de nuestra existencia! Todo lo esperamos de aquel Jesus que es rico en misericordia, y de la mediacion tuya ante su excelso trono. Véanse cumplidos nuestros deseos, para que un dia podamos en tu compañía gozar de su inefable presencia, saciarnos de su divinidad y cantar sus bondades por los siglos en la mansion feliz de la gloria.